RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Monserrat, Marcelo

La recepción literaria de la ciencia en la Argentina: el caso darwiniano

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Monserrat, M. (1995). La recepción literaria de la ciencia en la Argentina: el caso darwiniano. Redes: Revista de estudios sociales de la ciencia, 2(3), 99-117 Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/312

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

La recepción literaria de la ciencia en la Argentina: el caso darwiniano

Marcelo Montserrat

A Jorge Vast Salanouve

El autor de este trabajo ha insistido en numerosas oportunidades sobre el hecho de que existe una historiografía del "qué" y una del "por qué". Sin despreciar la primera, que es imprescindible utilizar so pena de caer en fantasmagorías, es también cierto que la interpretación es una tarea sin la cual no hay historiografía ni historiador válidos. En el presente artículo analiza la recepción literaria de la ciencia, trabajando en particular el atrayente proceso producido en el campo del darwinismo. Al mismo tiempo, se pretende dar un nuevo sesgo conceptual a viejos y nuevos materiales de investigación, que han tomado la forma de un *corpus,* que ha sido frecuentemente más alabado que imitado. Así, entre Hudson y Holmberg, se articula un espacio que abarcará desde una comprensión emocionadamente ingenua pero agudísima de la obra de Darwin hasta la vigorosa polémica que hará de la mentalidad evolucionista una ideología del progreso. Se trata de lecturas dferentes, aunque ambas igualmente necesarias para entender la trayectoria históríco-social de aquello que se convertiría en una de las ideologías científicas centrales de la segunda mitad del siglo xix.

La primera lectura de *El origen de las especies* en la Argentina

When I heard the learn'd astronomer

When I heard the learn'd astronomer,
When the proofs, the figures, were ranged in columns before me,
When I was shown the charts and diagrams, to add, divide, and measure them,
When I sitting heard the astronomer where he lectured with much applause in the lecture room,
How soon unaccountable I became tired and sick,
Till rising and gliding out I wander'd off by myself,
In the mystical molst night-air, and from time to time,
Look'd up in perfect silence at the stars.

WaltWhitman, 1865

Hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo; nunca lo dice o tal vez lo dice infinitamente y no lo entendemos, o lo entendemos pero es intraducibie como una música...

Jorge Luis Borges, 1944

* Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés.

Hace ya veintidós años que más por *serendipity* que por escrupulosa búsqueda de las fuentes, encontré gozosamente al primer lector en la Argentina del *Origen* darwiniano.[1]

Un atribulado joven, William Henry Hudson, dejó expresa constancia en las últimas páginas de una obra escrita en inglés, y que aparecería en 1918 en Londres, de su encuentro con el texto famoso.

Lo que aquí nos proponemos es precisar los detalles de esta historia singular -porque creemos que una historia del acontecimiento tiene aún su propio valor-, y contrastarlos con las más recientes afirmaciones de Jason Wilson en su ensayo *W. H. Hudson: the Colonial's Revenge,*[2] quien también se ha ocupado del tema.

¿Cuál es el contexto del texto de Hudson?

Ha escrito con razón Coseriu[3] -en el ámbito de una lingüística del hablar- que "Los entornos intervienen necesariamente en todo hablar" (y en todo escribir, agregamos), "pues no hay discurso que no ocurra en una circunstancia, que no tenga un *fondo".*[4] Dentro de una teoría del entorno, cobran especial importancia los *contextos* ("toda la utilidad que rodea un signo, un acto verbal o un discurso, como presencia física, como saber de los interlocutores y como actividad") [...]" Todos los contextos extraverbales pueden ser creados o modificados mediante el contexto verbal; pero aún la 'lengua escrita' y la literaria cuentan con algunos de ellos, por ejemplo, con el contexto natural y con determinados contextos históricos y culturales".[5]

[1] Montserrat, Marcelo, "La recepción del darwinismo en Argentina: la etapa prepositivista", en *Criterio,* XLV, N^{9} 1653, Buenos Aires, 1972, pp. 652-656; "La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario,* Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 785-818, reproducido en Montserrat, Marcelo, *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo xix,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, pp. 31-70, especialmente pp. 31-32. Las citas del epígrafe proceden de Me Michael, George (ed.), *A Concise Anthology of American Literature,* Nueva York, Macmillan Publ. Co., 1985, p. 973, y de Borges, J. L., *Obras completas (1923-1972),* t. I, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 521.

[2] Wilson, Jason, *W. H. Hudson: the Colonial's Revenge (A reading of his fiction and his relationship with Charles Darwin),* Universidad de Londres, Instituto de Estudios Latinoamericanos, julio de 1981, Working Papers. Agradezco al Dr. Eduardo Zimmermann el conocimiento de este ensayo.

[3] Cf. Coseriu, Eugenio, *Teoría del lenguaje y lingüística general,* Madrid, Gredos, 1962, "Determinación y entorno", pp. 283-323; White, Hayden, *El contenido de la forma (Narrativa, discurso y representación histórica),* Barcelona, Paidós, 1992, cap. 8: "El contexto del texto: método e ideología en la historia intelectual", pp. 194-219.

[4] Coseriu, Eugenio, *op. cit,* p. 309.

[5] *Ibid.,* pp. 313, 317.

Si se analiza, desde esta perspectiva teórica, el capítulo XXIV ("Ganancia y pérdida") de *Allá lejos y hace tiempo,* cobra mayor y más rico sentido el tema del encuentro con el texto de Darwin.[6]

Por de pronto, el contexto histórico-biográfico es de una particular importancia. Hudson tenía dieciocho años, por lo menos, y no catorce o quince -como sostiene Alicia Juradc—[7]cuando leyó *The Origin...,* ya que éste había aparecido en 1859 y Hudson nacido en 1841. Precisamente en 1859 la madre del escritor murió, y todo el capítulo está transido del dolor profundo de esa pérdida. En verdad, el amor maternal es elevado por Hudson a una categoría superior de los sentimientos. Como él mismo lo expresa: "el recuerdo perdurable y fortaleciente *(enduring and sustaining)* de un amor que no se parece a ningún otro de los conocidos por los mortales, y que representa casi un sentido y la presciencia de la inmortalidad".[8]

Según J. Wilson relata,[9] la madre de Hudson -de origen norteamericano- provenía de una familia de estricta observancia puritana, lo que explicaría la extremada reticencia en entablar conversaciones explícitamente íntimas entre ambos. Al parecer, y el mismo Hudson lo cuenta, los dos se comunicaban a través de su mutua pasión por las flores; en especial, el cariño de la madre por éstas "rayaba en la adoración",[10] anticipada en el clima espiritual cuasi-animista del breve capítulo XVII.

El triángulo enfermedad (la fiebre reumática de Hudson), pérdida maternal y soledad -"La triste verdad de que un hombre, todo hombre, debe morir solo, se había fijado vivamente en mi cerebro[...]", que así comienza el capítulo XXIV- conforma el núcleo central del contexto histórico-biográfico. Es cierto que aparecen personajes laterales importantes ("mi hermano mayor, tan largo tiempo ausente, apenas había dejado de ser un niño cuando ya se había desprendido de toda creen-

[6] Utilizo la versión castellana traducida por Fernando Pozzo y Celia Rodríguez de Pozzo, prologada por Roberto B. Cunninghame Graham, Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1945, pp. 349-366. Tengo a la vista la versión *Far away and long ago (A childhood in Argentina),* Londres, Eland, 1991, reprinted, afterward By Nicholas Shakespeare. La primera edición fue publicada por J. M. Dent and Sons Ltd. en 1918.

[7] Jurado, Alicia, *Vida y obra de W. H. Hudson,* Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1971, pp. 51-2. Cf. Haydée M. Jofre Barroso, H. M., *Genio y figura de Guillermo Enrique Hudson,* Buenos Aires, Eudeba, 1972.

[8] Hudson, W. H., *op. cit,* p. 351.

[9] Wilson, Jason, *op. cit,* p. 15.

[10] Hudson, W. H., *op. cit,* p. 357.

cia en la fe cristiana"),[11] y libros como el *Selborne* de Gilbert White,[12] que influyen notablemente al joven Hudson.

El libro, llegado a través de un viejo amigo de la familia, conduce al Hudson de dieciséis años a una ambigua exaltación. "Lo leí y releí muchas veces -escribe-. Jamás había llegado a mi poder nada tan bueno en su género. Pero no me reveló el secreto de mi amor por la naturaleza."[13]

Conviene destacar que el *Selborne* fue un texto de notable influencia en su época. Tal como Alien lo destaca, siguiendo a Lowell, el libro era

> [...] the journal of Adam in Paradise [...] For it is , surely, the testament of Static Man: at peace with the world and with himself, content with deepening his knowledge of his one small córner of the earth, a being suspended in a perfect mental balance. Selborne is the secret, prívate parish inside each one of us. We must be thankful it was revealed so very early- and with such seemingly unstudied simplicity and grace.[14]

Pero, con todo, el *Selborne* no tranquilizó la agitada conciencia de Hudson. El encanto rayano en la experiencia mística que Hudson hallaba en la contemplación de los seres de la naturaleza parece mejor expresado por la conclusión del poema de Whitman que encabeza este trabajo, "in perfect silence at the stars". Pero el miedo a la muerte -verdadero trauma adolescente- no cedía ni ante el sentimiento oceánico de fusión con el mundo natural.

Es cierto que el recurso a la lectura no era de fácil acceso a Hudson. Alicia Jurado menciona entre los libros asequibles en "Los veinticinco ombúes" la *Historia Antigua* de Rollin, una *Historia de la Cristiandad* en dieciocho tomos, donde pudo leer largos extractos de *Las Confesiones* y *La Ciudad de Dios* de San Agustín, la *Filosofía* de Brown, *La Revolución Francesa* de Carlyle y el *Decline and Fall of the Román Empire* de Gibbon,[15] por lo que resulta claro que el contexto cultural -salvo en el caso de Gibbon- era de clave intensamente religiosa.

[11] Hudson, W. H., *op. cit,* p. 350.

[12] White, Gilbert, *The Natural History and Antiquities of Selborne,* citado por David Elliston Alien, *The Naturalistin Britain (A Social History),* Gran Bretaña, Penguin Books, 1978, pp. 50-51.

[13] Hudson, W. H., *op. cit,* p. 359.

[14] Alien, David Elliston, *op. cit,* pp. 50-51.

[15] Jurado, Alicia, *op. cit,* p. 43.

Es en este instante en que el personaje del hermano mayor, vuelto de Gran Bretaña, cobra particular intensidad como detonador de un viraje espiritual en el joven Hudson. La requisitoria es frontal, aun modelizada por el correr de los años: "¿Cómo conciliaba esas antiguas fábulas (las de la religión) y nociones con la doctrina de la evolución? ¿Qué efecto había surtido en mí Darwin?".[16]

Es evidente que el reto se inscribe en el contexto cultural de la época,[17] o, para ser más preciso, en el clima Victoriano donde la famosa querella se desarrollaría, aunque el contexto físico sea paradójicamente la pampa argentina.

La primera lectura que Hudson hace de la obra no le hace mella. Curiosamente, aparece el rechazo del argumento de la selección artificial; pero es necesario leer *The Origin...* "como un naturalista", tales las palabras del hermano, y Hudson -tras un corto lapso en que su salud parece mejorar y durante el cual Darwin va penetrando en su "subconsciencia"- acepta, por fin, la admonición de su hermano mayor.

Es necesario citar textualmente el relato del período crucial:

> Aquella obsesión subsistía el día entero en mí, tanto cuando recorriendo el campo sujetaba el caballo para contemplar a gusto un ser cualquiera, como cuando boca abajo observaba entre los pastos la misteriosa vida de algún insecto. Y toda existencia que caía bajo mi vista, desde el gran pájaro describiendo círculos en la vastedad del espacio, hasta el miserable bichito que se encontraba a mis pies, entraban en el argumento y reflejaban un tipo, representando un grupo, marcado por su semejanza de familia, no solamente su aspecto, colorido y lenguaje, sino también en personalidad, costumbres y aún en los más ligeros rasgos de carácter y gestos. Y sucesivamente así, el grupo entero, a su vez, lo relacionaba con otro grupo y todavía con otros más y más alejados, haciéndose la analogía cada vez menos notable. ¿Qué otra explicación era posible sino la comunidad de origen? Parecía increíble que no se hubiera notado, aun antes de que se descubriera que el mundo era esférico y pertenecía a un sistema planetario que giraba alrededor del sol. Todo este conocimiento sideral carecía de importancia compa-

[16] Hudson, W. H., *op. cit,* p. 362. Respecto del problema de la memoria selectiva autobiográfica, Hudson es plenamente consciente de él (cap. xvn, pp. 258-260).

[17] Entre otros, véase Alexander, Richard D., *Darwinism and Human Affairs,* Seattle y Londres, University of Washington Press, 1982, cap. 1; Gillespie, Neal C, *Charles Darwin and the Probiem of Creation,* Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1979; Young, Robert M., *Darwin's Metaphor (Nature's place in Victorian culture),* Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

> rado con el de nuestro parentesco con las infinitas formas de vida que comparten la tierra con nosotros. ¡Y sin embargo, no fue hasta la segunda mitad del siglo xix cuando la gran, casi evidente verdad, se abrió paso en el mundo![...] En forma insensible e inevitable, me había convertido en evolucionista, aunque nunca del todo satisfecho con la selección natural, como la única y suficiente explicación de los cambios en las formas de vida. Y otra vez, insensiblemente, la nueva doctrina me condujo a modificaciones de las antiguas ideas religiosas y, eventualmente, a una nueva y simplificada filosofía de la vida. Bastante buena en lo que se refiere a esta existencia, pero que, desgraciadamente, no toma en cuenta la otra, la perdurable.[18]

Si las reflexiones hudsonianas son auténticamente recordadas -en ese periplo de la memoria que va desde la pampa infantil hasta el Londres Victoriano-, ellas nos suscitan dos observaciones. En primer lugar, y sin pretender con ello establecer un nexo causal imposible, interesa el rechazo de la hipótesis de la selección natural que, años más tarde -a la búsqueda de una síntesis-, esgrimirá el "positivismo normalista" de Pedro Scalabrini, firme impugnador del concepto de la lucha por la existencia, tras los pasos de Comte.[19] En segundo término, el eco de la introyección darwiniana en Hudson nos conduce armónicamente a aquella notable confesión de Sarmiento, pronunciada precisamente en su conferencia en homenaje a Darwin al mes de su muerte:

> Yo, señores, adhiero a la doctrina de la evolución más generalizada como procedimiento del espíritu, porque necesito reposar sobre un principio armonioso y bello a la vez, a fin de acallar la duda, que es el tormento del alma.[20]

Otra de las afirmaciones centrales de Jason Wilson en su obra ya citada es la ambigüedad que la figura de Darwin representó para Hudson, y que este autor desarrolla a través de la carta dirigida por Hudson a

[18] Hudson, W. H., *op. cit,* pp. 363-365.

[19] Montserrat, Marcelo, "La presencia evolucionista en el positivismo argentino", en *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo xix,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, pp. 77 y 55,

[20] Sarmiento, Domingo F. (Ed. A. Belín Sarmiento), Buenos Aires, 1900, vol. xxxvn, pp. 322-323. Cf. Montserrat, Marcelo, *op. cit,* "La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso", especialmente p. 47.

Sclater, leída públicamente en la Sociedad Zoológica, a propósito de una supuesta y errónea descripción de Darwin del pájaro carpintero. Todo ello porque, para Wilson, en el fondo, Darwin habría sido el destructor de la filosofía vital hudsoniana, pero, a la vez, el modelo de naturalista "científico" en que Hudson ansiaba convertirse.

Esta última anotación es harto dudosa. Hudson fue menos y más que un científico; fue, como Alien lo describe correctamente, un miembro de esa escuela de *"nature essayists"* que Joseph Wood Krutch llamó los *"Thoreauists",* y que tuvo como exponente principal a John Burroughs en los Estados Unidos.[21]

Si se trata de rastrear las fuentes más remotas de esta actitud y de esta mentalidad, nada mejor que situarse en el contexto de "The American Scholar", alocución dirigida por Ralph Waldo Emerson a la Sociedad Phi Beta Kappa, en Cambridge el 31 de agosto de 1837. ¿Cuáles son las influencias que recibe el verdadero estudioso? En sus propias palabras:

> The first in time and the first in importance of the influences upon the mind is that of nature. Every day, the sun; and, after sunset, Night and her stars. Ever the wind blows; ever the grass grows[...] What is nature to him? There is never a beginning, there is never an end, to the inexplicable continuity of this web of God, but always circular power returning into itself.[22]

Por ello, nos parece enteramente razonable la posición de Alicia Jurado en su biografía de Hudson, cuando al citar a su gran amigo Morley Roberts, recuerda:

> Hudson no era un científico. Nunca pretendió serlo. Se contentó con ser el observador, el amigo de aves y animales y del hombre mismo cuando ese hombre no era vil ni cruel. Vivió, por lo tanto, en las fronteras de la ciencia y careció de la paciencia necesaria para las lecturas intensas y vastas que deben constituir la tarea de aquellos que, sean cuales fueren la puerta y el precio, entran en el reino de la ciencia [...].[23]

[21] Alien, David Elliston, *op. cit.,* pp. 228-230.

[22] Emerson, Ralph Waldo, *The American Scholar (An oration delivered before the Phi Beta Kappa Society),* en Cambridge, 31 de agosto de 1837, en Me Michael, George (ed.), *Concise Anthology of American Literature,* Nueva York, Macmillan Publ. Co., 1985, 2a. ed., pp. 472-484, especialmente p. 473.

[23] Jurado, Alicia, *op. cit,* p. 44.

Tal nos parece un retrato adecuado de aquel escritor admirado por Conrad ("He writes as the grass grows") y T. E. Lawrence, y que pudo expresar: "Así fue que en mis peores días, en Londres, cuando estaba obligado a vivir alejado de la naturaleza por largos períodos, enfermo, pobre y sin amigos, yo podía siempre sentir que era infinitamente mejor 'ser, que no ser'",[24] y del que se esculpió este congruente epitafio en su tumba: "Amó a los pájaros, y los lugares verdes, y el viento en el brezal, y vio el resplandor de la aureola de Dios".

La lectura holmbergiana: una obertura fantástica

"Desde 1870, de uno o otro extremo de Europa, tener espíritu científico, ser positivo, equivaldría a unirse al evolucionismo."

Charles Morazé

"Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad."

La Verbena de la Paloma

La nueva década del setenta traería novedades de importancia: entre 1870 y 1873 llegaron los científicos extranjeros contratados por el gobierno nacional asesorado por Burmeister y destinados a la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de la Universidad de Córdoba y a su Academia de Ciencias Exactas, que a partir de 1878 se independizaría como Academia Nacional de Ciencias; precisamente en esa ciudad se inauguraba en octubre de 1871 el Observatorio Nacional dirigido por Gould, que había llegado al país con sus colaboradores en septiembre del año anterior, lanzándose de inmediato al trabajo; en julio de 1872 se creaba la Sociedad Científica Argentina. Un año después, el joven Eduardo Ladislao Holmberg, nacido en 1852, colabora activamente en el establecimiento de la Academia Argentina de Artes y Letras, que duraría lo que la década y agruparía a intelectuales "cuya tendencia a nacionalizar la literatura y el arte [...] estaba en

Así concluye el último capítulo de *Allá lejos y hace tiempo,* que hemos comentado.

oposición con los gustos y la educación completamente extranjera de los socios del Círculo Científico Literario, su antagonista".[25]

El mismo Holmberg advierte sobre el despertar del interés por las ciencias naturales en la ciudad. Poco antes había señalado que "era voz corriente, no sólo entre los estudiantes sino también en todo el país, que la Zoología era propia de carnicaros, la Botánica de los verduleros y la Mineralogía de los picapedreros, cuando más de los marmoleros". En cambio, en las primeras páginas de su obra *Dos partidos en lucha,* aparecida en 1875, se pregunta Holmberg: "¿A qué librería podremos ir hoy sin que hallemos que más de la mitad de las obras se relacionan más o menos directamente con las ciencias en cuestión?", y señala la aparición de órganos científicos como el *Boletín* de la Academia de Ciencias de Córdoba, los *Anales de Agricultura* y los *Anales Entomológicos* que se agregan a los *Anales* del Museo Público, solitarios al comenzar la década. Basta, en verdad, hojear algunos de los boletines bibliográficos corrientes para encontrar a Claude Bernard junto a Lyell y Agassiz, a Flammarion al lado de Verne y Mayne Reíd.

Mientras Holmberg iniciaba en 1869 sus estudios preparatorios en la Universidad, otro joven apenas menor que él, Florentino Ameghino, era destinado a Mercedes como ayudante en la escuela elemental y comenzaría allí una larga serie de exploraciones apoyado por Ramorino, quien habría de remitir parte del material paleontológico hallado al Museo de Historia Natural de Milán. Pocos años después, en 1873, comienzan las expediciones de un primo de Holmberg, Francisco Pascasio Moreno, primero a Carmen de Patagones y más tarde a la desembocadura del río Santa Cruz. Moreno, estimulado por Burmeister, describe en la *Revue d'Anthropologie* dirigida por Paul Broca sus descubrimientos patagónicos. También Holmberg, recién cumplida la veintena, viaja en 1872 al Río Negro patrocinado por la novel Sociedad Científica Argentina. De este modo, la historia iría tejiendo su fina urdimbre alrededor de nuestros tres grandes naturalistas: Ameghino, Moreno y Holmberg.[26]

[25] García Merou, Martín, *Recuerdos literarios,* Buenos Aires, Eudeba, 1973, p. 244. La edición original es de 1891. Alfred Ebelot, el ingeniero francés que dirigió los trabajos de la "zanja de Alsina" y acompañó a Roca al desierto, fue un testigo penetrante de este proceso de transición del setenta al ochenta, en una obrita notable, *La Pampa,* Buenos Aires, Eudeba, 1961, p. 107: "En esto vino la *europeización.* Ser argentino parecía afrenta". La edición original francesa es de 1889, y fue vertida a nuestro idioma por el propio autor al año siguiente.

[26] Entre otras biografías, pueden consultarse las de Márquez Miranda, Fernando, *Ameghino (Una vida heroica),* Buenos Aires, Ed. Nova, 1951; Bertameu, Carlos A., *El Perito Moreno, centinela de*

En 1874, por fin, la Universidad porteña se reorganiza e incluye en su estructura una Facultad de Ciencias Físico-Naturales que abre sus puertas en 1875. En este clima de incipiente pero sugestiva renovación intelectual, Holmberg ingresa en 1872 a la Facultad de Medicina, donde se doctorará en 1880. Es compañero de José María Ramos Mejía y camarada de la promoción que en 1882 culminará sus estudios en la Facultad de Derecho: José Nicolás Matienzo, Juan Agustín García, Rodolfo Rivarola, Luis M. Drago y Ernesto Quesada. Casado en 1874 con Magdalena Jorge Acosta, Holmberg publica ese mismo año su primer trabajo científico -sobre arácnidos- en los *Anales de Agricultura,* al mismo tiempo que traduce los *Pickwick Papers* de Dickens y prepara *Dos partidos en lucha.*

No es extraño que el darwinismo golpeara entonces las puertas de una República ávida de novedades; lo insólito reside en que la primera profesión pública del credo darwinista fuese expresada a través de una obra de ficción escrita por un estudiante de medicina de veintidós años.[27]

Se trata indudablemente de un ejercicio literario primerizo; el lector advierte que Holmberg está bien informado, es sutil en la ironía y hasta en la crítica social, imaginativo pero con frecuencia farragoso en la exposición. El breve prefacio, fechado en diciembre de 1874, introduce a la obra mediante un conocido recurso ficticio: su verdadero autor sería un tal Ladislao Kaillitz -versión apenas deformada del Kannitz original de los Holmberg-, un darwinista que entrega el manuscrito al relator, a punto de partir hacia Europa. Tras una cita de "nuestro caro amigo el poeta Rafael Obligado", comienza la acción. ¿Cuál es la trama que alimenta los catorce capítulos de *Dos partidos en lucha?* Holmberg aprovecha los convulsos momentos políticos por los que pasan la ciudad y la nación -las elecciones presidenciales del

la Patagonia, Buenos Aires, Ed. El Ateneo, 1949; Holmberg, Luis, *Holmberg, el último enciclopedista,* Buenos Aires, edición del autor, 1952. Antonio Pagés Larraya ha escrito un excelente "Estudio preliminar" a los *Cuentos fantásticos* de Holmberg, que continúa siendo el mejor análisis de la figura y la obra literaria del singular escritor y científico. Me he ocupado con más extensión de la personalidad y la significación de Holmberg en "Holmberg y el darwinismo en Argentina", *Criterio,* 47, Buenos Aires, 1974, t. 87, No. 1702, pp. 591-598.

[27] El título completo es: *Dos partidos en lucha. Fantasía científica,* publicada por Eduardo L. Holmberg, Buenos Aires, Imprenta de El Arjentino, calle Piedad no. 134, 1875 (148 páginas). Entre las páginas 140 y 148 se reproduce el artículo "Los Akkas, raza pigmea del África Central", por Paul Broca. Las citas en el texto corresponden a esta única edición.

12 de abril en las que el mitrismo ha triunfado holgadamente en Buenos Aires frente a la victoria de Avellaneda-Acosta en casi todo el interior, la reunión del Colegio Electoral donde estos últimos obtienen 146 votos contra 79, y la rebelión mitrista que será finalmente derrotada en diciembre- para urdir sobre ellos un doble tejido de equívocos políticos y culturales. Los preparativos de aquel golpe secular vencido por el ferrocarril, el telégrafo y los Remington, según la concisa fórmula del ministro norteamericano Thomas Osborn a su gobierno, con sus mítines populares y la enconada lucha de los boletines periodísticos, abren la pequeña novela, tras el relato de un corto viaje del autor al Río Negro, ya mencionado, y escrito a la manera de un homenaje al periplo darwiniano de cuatro décadas atrás.

Holmberg, quien comienza lamentándose retóricamente de su desconocimiento del naturalista inglés -"Sin embargo, yo que acababa de pasar mi último examen de preparatorios en la Universidad, no sabía quién era Darwin" (p. 3)-, no tarda mucho en iniciar sus célebres ataques a Burmeister, "un sabio demasiado sabio quizá, y esto lo entenderán los que estén en antecedentes" (p. 7).

Sin soslayar un ápice los méritos científicos de Burmeister, hay que reconocer en él una obstinación verdaderamente prusiana respecto de las ¡deas novedosas. Ya en 1862, el ingeniero francés Adolfo Sourdeaux, ex capitán de infantería de marina de las fuerzas que bloquearon Buenos Aires, tuvo que soportar el rigor del *dictum* burmeisteriano, a propósito de los pozos artesianos que introdujo en nuestro país. Para Burmeister, las tales aguas semisurgentes no existían y era "una locura buscarlas", pero el francés no se arredró y siguió perforando hasta anunciar bélicamente en un número de *La Tribuna* de marzo de 1862,

> [...] que a pesar de los fatídicos pronósticos de ciertos sabios, esta especie de eunucos de la ciencia que, incapaces ellos, estorban a los demás; a pesar del fallo de esos jueces infalibles que desde su bufete y suavemente arrellanados en sus poltronas, todo lo saben, decretan y sentencian [...] aguas artesianas surgentes hay en este país. En efecto, a las 92 varas de profundidad hemos vuelto a encontrar en Barracas las mismas aguas halladas en nuestro sondaje de la Piedad y cuya ascensión había sido objeto de dudas y aún de mofa por parte de aquellos señores.

Se enardece más entonces la singular querella franco-prusiana, pues Burmeister, al frente de una junta de científicos, declara que el agua es impotable; el gobierno designa una nueva comisión de médicos

y químicos que dictamina, por fin, que los pozos artesianos son perfectamente salubres y Burmeister no sale muy bien parado del conflicto.

No mucho mejor que a Sourdeaux le iría a Ameghino en 1873 al solicitarle a Burmeister que se ocupase de unos restos humanos fósiles que había encontrado en sus exploraciones mercedinas. El sabio se excusó desdeñosamente: "No me inspiran mucha confianza tales descubrimientos; no creo en ellos; y aun suponiendo que fuese como Ud. me dice, no tienen gran importancia y para mí carecen de interés". Poco después, vuelve Burmeister a la carga:

> Autodidactos de su género son bien conocidos como arrogantes; la vida del maestro de escuela de un pueblito pequeño campestre, en donde faltan los sabios verdaderos, aumenta esta calidad por la forma desautorizada de alta sabiduría, que obtienen los maestros en aquellos círculos de personas sin conocimiento mejor [...].

Cuando Ameghino, años más tarde y a pesar de estos penosos episodios, bautice a una especie de mamíferos fósiles -el *Orocanthus Burmeisteri*- con el nombre de su enemigo, éste rechazará indignado el homenaje.[28]

Pero volvamos a la ficción de Holmberg. *Dos partidos...* continúa con la presentación de tres crípticos personajes: Francisco P. Paleolítez, Juan Estaca y Pascacio Griffitz, tras quienes se esconden veladas alusiones a aliados y adversarios del autor.[29] Griffitz es un acérrimo darwinista que guarda en los vastos y secretos sótanos de su residencia porteña colecciones zoológicas y botánicas universales, clasificadas según la pauta del perfeccionamiento gradual; ha descubierto la técnica de revitalización de una ancestral sensitiva y se despide sigilosamente del autor expresándole: "Voy a decir a usted la verdad... Sirvo una doctrina científica: el Darwinismo. Tarde o temprano llegará a ser una doctrina política y necesito cierto misterio en mi conducta

[28] Todo el encarnizado episodio acerca de los pozos artesianos está relatado con gracia insuperable por Sbarra, Noel H., en su *Historia de las aguadas y el molino,* Buenos Aires, Eudeba, 1973,2a. ed., pp. 115-121. Para las relaciones entre Burmeister y Ameghino, véase Márquez Miranda, Fernando, *op. cit,* pp. 189-193.

[29] Resulta harto difícil encontrar la clave del criptograma. Nos parece que Holmberg se ha divertido cruzando algunos nombres: Francisco P. apunta hacia Moreno, Pascacio Gripitz alude al segundo nombre de Moreno y lo combina con un apellido al estilo Kannitz, y Juan Estaca quizás encubra a Ramóriñó. Recordemos que Moreno no era originalmente evolucionista, ya que profesaba las ideas de su mentor Burmeister.

[...]" (p. 45). Este singular híbrido de héroe verniano y conspirador porteño es uno de los personajes más logrados de la novela.

Por fin, se traban en lucha darwinistas y rabianistas -Rabian es el caudillo antitransformista- en la primera sesión pública del congreso científico especialmente convocado para dilucidar "si descendemos de monos, o si debemos creer, como pretenden algunos, que somos resultado de generaciones espontáneas de épocas, y particulares de cada especie" (p. 52). Habla Paleolítez, en nombre de la doctrina "sagrada para algunos por cuanto no rechaza la narración mosaica, la que sostiene que descendemos de barro sucio, lo que es más noble que descender de monos" (p. 54), hace su aparición el misterioso "Desconocido", quien por los rasgos delineados parece Ameghíno y que proclama que "antes de discutir como antropologistas, manifestamos tácitamente que somos geólogos" (p. 59), y hasta irrumpe el "médico de las enfermedades morales", verosímil alusión a José María Ramos Mejía, amigo del autor desde la adolescencia.

Mientras tanto, Holmberg elogia a Verne y Mayne Reid, publicados en folletines en los principales diarios de la época, a Flammarion y a Figuier, y en el capítulo octavo -que el mismo Holmberg califica en el título de "un poco pesado"- se artillan agudas críticas al patriciado porteño, acusado de frivolo y tartufista. Repentinamente, la acción cambia de escenario: de un salón rabianista se salta a Regent's Street, en pleno Londres. Por allí marchamos hasta el Jardín Zoológico donde Charly (Darwin) y Dick "Oíd Bones" (Richard Owen) se hallan realizando la disección de un "mono antropomorfo" que resulta en realidad un *Akka,* pigmeo del África Central descubierto por el doctor Livingston.[30] No sin antes aclarar que a los ingleses "no solamente no les debemos nada, sino que no queremos deberles" (p. 90), Darwin es invitado a la segunda sesión del congreso científico porteño y hasta la Reina Victoria pone a su disposición el más veloz navio de que dispone, el *Hound* (Galgo) -doble náutico del *Beagle* (Sabueso) de la expedición comandada por Fitz Roy-, gracias al cual llega a Montevideo en menos de dos semanas. En Buenos Aires, los ánimos se exaltan; uno de los pocos que mantienen la serenidad es el líder darwinista don Pascacio Griffitz, quien medita así:

[30] La convergencia literaria de los dos científicos no deja de ser paradójica, ya que Owen, el mejor anatomista de la época, fue un enconado adversario de Darwin, a punto tal que T. H. Huxiey lo incluyó entre quienes cultivaban "the mistaken zeal of the Bibliolaters". Véase Millar, Ronald, *The Piltdown Men,* cap. 4, Nueva York, Ballantine Books, 1974.

> Si triunfan los rabianistas, veremos la propaganda del *statu quo,* con toda su sombra, con toda su necia firmeza. Las ciencias no adelantarán, y si adelantan, será de una manera negativa, a mi modo de ver. Si por el contrario triunfamos los darwinistas... es incuestionable que tiene que alterarse por completo la norma social, y, o estalla una revolución filosófica de una trascendencia incalculable, o llega la indiferencia hasta el extremo de no saber apreciar la influencia de una doctrina científica en la marcha de la sociedad (p. 105).

El 28 de agosto de 1874 -"el año en que más pólvora se ha quemado en la República Argentina" (p. 110)- llega en la ficción Darwin a Buenos Aires y a las diez en punto el presidente Sarmiento lo recibe significativamente: "Tengo el honor de saludar al ilustre reformador inglés [...]" (p. 112). Tras la presentación del vicepresidente Alsina, el inglés saluda a Mitre manifestándole que "os aprecio, os admiro y no os comprendo" (p. 113), y congratula al presidente electo Avellaneda.

Se celebra, al cabo, la segunda sesión en el Teatro Colón, habiéndose desechado el Congreso y la Catedral, pues "¿Cómo discutir en un templo católico apostólico romano una doctrina que tan directamente ataca, según algunos, nuestras creencias religiosas?" (p. 116). El primitivo Colón, pues, el que se erigía frente a la Plaza de Mayo, es el recinto imaginario donde se definirá la verdad o la falsedad del evolucionismo; convenientemente preparado con un telón de boca que ostenta el lema *Struggle forüfe* sobre las escasamente decorativas figuras de tres grandes monos luchando por una gigantesca zanahoria, el teatro se llena de bote en bote. Se ejecutan el Himno Nacional, el *God save the Queen,* "moderado himno de Albión" (p. 126), y el *Die Wach am Rhein,* en transparente alusión a Burmeister, tras lo que se entabla la esperada polémica.[31] Después de una exposición preliminar de Darwin, interrumpido por Paleolítez, Estaca y hasta un expedicionario que irrumpe con un legítimo *Akka* de la mano, la discusión se centra sobre el origen de la vida. Estaca defiende tozudamente los

[31] El episodio fictivo parece evocar uno real narrado por Ismael Bucich Escobar (Martín Correa). A fines de agosto de 1870 actuaron en el Colón la cantante Carlota Patti, hermana de la famosa Adelina, acompañada por el pianista Teodoro Ritter y el violinista Pablo Sarasate. El público pidió insistentemente a la Patti que cantase *La Marsellesa* -la guerra franco-prusiana acababa de estallar- pero ésta se negó y entonó diplomáticamente el Himno Nacional. Véase *Visiones de la Gran Aldea,* 2a. serie (1870-1871), Buenos Aires, 1933, p. 71. El libro de Bucich Escobar contiene una larga serie de curiosas y reveladoras anécdotas menores, como la del atentado cometido contra Burmeister por el irascible portero del Museo y su insospechada repercusión periodística (pp. 9-11).

fueros del creacionismo fijista ante la indignación de los evolucionistas, y espontánea primigenia de un germen universal llamado *Protobia.* El debate se aviva al reiterar Paleolítez sus observaciones anatómicas antitransformistas y ante la estupefacción o el aplauso del auditorio -"menos los que se habían dormido" (p. 135)- se decide operar al *Akka* en busca de su real naturaleza.

Mientras la escena se prepara para ello, Darwin toma la palabra y afirma que "todo es eslabonamiento, o si queréis que repita el aforismo de Linneo, *Natura non facit saltus.* Hasta en los detalles más insignificantes veo esa gradación admirable de los seres" (p. 135). Griffitz apoya al inglés y expone una suerte de panevolucionismo spenceriano, basado en la vieja creencia de que la sociedad humana siguió su curso progresivo de Oriente a Occidente. La evolución no se ha detenido "y si es verdad que durante muchos siglos la ilustración ha estado encadenada a la Europa, no lo es menos que en la América se presienten los albores del Imperio del Mundo" (p. 136). Pero el impetuoso Griffitz va más allá: la humanidad toda deberá rendirse a la ley de la evolución y de la vida "cuyo ministro es la muerte", y caerá en medio de un gran cataclismo geológico, pero sólo para preparar "los elementos de una gran metamorfosis de la forma viva" (p. 137). De las cenizas de la humanidad nacerá un ser en "que la forma humana se modificará muy poco, aunque la inteligencia ultrahumana llegará a su más alto grado de desarrollo" y cuya característica central será una maldad suprema, síntesis de "todas las maldades con que le ha precedido la especie nuestra: la humanidad actual" (p. 137). Con este pronóstico wagneriano concluye Griffitz su exposición, pues llega el *Akka* al escenario, se le aplica cloroformo y se lleva a cabo la operación en el quinto espacio intercostal; se trata de un *experimentum crucis* sugerido por Darwin para observar el funcionamiento cardíaco del *Akka* y postular, por fin, que se trata de una "raza intermediaria del mono y el hombre" (p. 142). La experiencia culmina con el grito dolorido de Paleolítez: "Señores... estamos vencidos; los Darwinistas han triunfado" (p. 138).

Así concluye la obra, no sin antes aludir sesgadamente a las aficiones espiritistas del presunto autor del fraguado manuscrito, don Ladislao Kaillitz.[32] Por si restase duda alguna acerca de la ortodoxia dar-

[32] Psicopatología, frenología y espiritismo están siempre presentes en la obra narrativa de Holmberg. Respecto del último, siente un interés explicable, pues, a partir de 1870, las prácticas espiritistas comienzan a difundirse en Buenos Aires. Los nombres de Waliace, el coformulador del evolucionismo, y de Crookes -ambos aficionados al espiritismo-, aparecen entreverados con las

winista de estricta observancia del joven Holmberg, al pie de la página 139 queda impresa su rotunda rúbrica: E. L. H., *Darwinista.*

Epílogo para (post) modernos

Quizá, sobre todo, por poseer una sólida y arraigada filosofía espontánea de la vida, fue la generación del 80 una fuerza tan compacta y tan eficaz en la dirección de la vida argentina. Quizá podría -como hace Alejandro Korn- escribirse la historia del pensamiento filosófico sin mencionar los nombres de sus miembros, porque sufrían "el tedio de toda disquisición abstracta"; pero en la historia de las ideas ocupan un puesto singular, porque pocas veces fue tan firme un sistema de convicciones en el seno de una élite y pocas logró influir tan profundamente sobre la realidad, ha escrito con entera razón José Luis Romero.[33]

Esa filosofía espontánea de la vida, esa ideología social, o esa mentalidad -según se prefiera-, en cuyo seno se incubaron corrientes diversas y aun antagónicas, estuvo sin embargo polarizada por la común creencia en el progreso como motor y última *ratio* de la historia. No en vano esa ideología afirmó su identidad en el combate contra el *Syllabus errorum* en el que Pío IX estigmatizó intransigentemente en 1864 "'el progreso', el liberalismo y la civilización moderna" (Proposición LXXX). Era una nación a edificar y educar, un territorio a conquistar y poblar, una nueva frontera material e intelectual a definir, el horizonte mental de la oligarquía liberal del ochenta. Nunca tan cerrado como para impedir la ruptura interna de sus propios críticos y reformadores, pero sólido y coherente en sus afirmaciones raigales. Atrayente horizonte, entusiasta utopía del futuro concebido como permanente progreso, que se extendió a hombres de la naciente oposición socialista.

actividades de la logia Constancia. Véase "La casa endiablada", en Holmberg, E. L, *Cuentos fantásticos,* Buenos Aires, Hachette, 1957, p. 320. Resulta una sugestiva característica del "espíritu positivo" esta propensión compensadora al espiritismo, salvo que se la interprete a la manera de "un materialismo disfrazado", como lo hace Barzun, Jacques, en *Darwin, Marx, Wagner (Critique of a Heritage),* Nueva York, Doubleday, Anchor Books, 1958, p. 105, no. 7. El químico catalán Miguel Puiggarí, quien a la sazón profesaba en la Universidad porteña, compartía también la inclinación -aunque antagónica- hacia esos temas. Véase Recoden R. R, "Químicos de antaño", revista *INTI,* No. 24, Buenos Aires, 1973.

[33] Romero, José Luis, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XIX,* México, FCE, 1965, p. 14.

Pero a fines del siglo ya se gestaba en la paradigmática Europa una intensa corriente de conflictos íntimos. En 1889, mientras la torre Eiffel presidía la Exposición Universal, aparecieron a la vez el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia,* de Henri Bergson, y la novela *El discípulo de Paul Bourget,* en la que "el gran negador, el analista consciente, casi inhumano a fuer de lógico, se humillaba ante el impenetrable misterio del destino". La Viena de Lehár se convertiría, a poco, en la Viena de Freud, Kraus, Mach y Musil.

Ya en 1895, Ferdinand Brunetiére había escrito en la *Revue de Deux Mondes* su encendido artículo "Después de una visita al Vaticano", donde impugnaba vivamente *El porvenir de la ciencia* que Renán pergeñase en 1848 a instancias de Berthelot y que ahora publicaba en 1890, poco antes de su muerte. Si Brunetiére proclamaba desmesuradamente "la bancarrota de la ciencia", Berthelot respondía con una categórica profesión de fe cientista, pero el edificio de la racionalidad europea comenzaba a mostrar sus fisuras.

En nuestro país, no tardaron en advertirse también los signos premonitorios de un viraje cultural, que en el registro ideológico político despuntaba con el nacionalismo primerizo de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, expresado en torno de la fugaz revista *Ideas,* al calor del "arielismo" de Rodó, o de la inspiración de Ganivet o Barres.[34]

Un espíritu tan lúcido como el de Paul Groussac ya había advertido en un artículo escrito en 1896 sobre las "paradojas de las ciencias sociales", con una penetración epistemológica que otorga al ensayo un actualísimo *feeling.* Las sutiles observaciones acerca del abuso de una metodología organicista en el ámbito de las disciplinas sociales, olvidada de "que estas aproximaciones son metafóricas y provisionales", alientan un discurso donde se afirma que

> la flagrante esterilidad de las ciencias políticas y sociales -sobre todo de la economía- provienen de un fundamental error de método: se ha generalizado antes de tiempo, se ha pretendido inducir prematura y temerariamente, en lugar de comprobar hechos sencillos y múltiples, de observar durante años, para deducir después, con precaución paciente y sabia, verdades circunscritas y provisionales. El gran achaque de la ciencia humana es la fatuidad, o el incurable anhelo de lo inaccesible.

[34] Paya, Carlos M. y Cárdenas, Eduardo J., "El primer nacionalismo argentino", en *Criterio,* 48, t. 88, No. 1726, 1975, pp. 585-592. De los mismos autores, *El nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas,* Buenos Aires, Ed. Peña Lillo, 1978.

Sus cultores no han advertido -continúa Groussac- que la vasta teorización de la física moderna ha sido obra de siglos,

> y para imitarla, comienzan su casa por la cornisa... Se admite hoy sin discrepancia que una rama del saber humano no llega a merecer el nombre de ciencia, sino en la proporción en que los fenómenos que estudia puedan ser sometidos al cálculo [...] Pero en los estudios políticos y morales, nos es vedada hasta la esperanza de una precisión matemática. Respecto de la biología, la "ciencia social" representa un organismo cuyos tejidos fueran formados de células diferentes y espontáneas. Respecto de las matemáticas, sus problemas darían lugar a ecuaciones "indeterminadas" y de un grado superior a medios directos de resolución [...] Así, en ciertos valles profundos de múltiple resonancia, se confunde el sonido real con los ecos que llegan de varias direcciones, siendo imposible descubrir de qué punto del espacio ha partido. *Ignorabimus.* En los estudios sociales, no podemos, no debemos aspirar sino a una probabilidad cada vez mayor en la conjetura.[35]

Pero nada más significativo, en el plano del pensamiento académico, que la singular carrera de Alejandro Korn, quien tras doctorarse en medicina en 1883 con una tesis sobre *Locura y crimen* y ser designado en 1897 director del hospital Melchor Romero -cargo que ocuparía durante dos décadas-, se incorpora en 1906 como profesor suplente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad porteña, donde tres años después se convertirá en titular de historia de la filosofía. A través de su cátedra -y de la de Rodolfo Rivarola en Buenos Aires y Coriolano Alberini en La Plata- comienzan a disolverse las creencias al uso, y es un médico, al cabo, quien plantea los límites del biologismo positivista, por más antimecanicista, antiintelectualista y antiorganicista que éste haya sido entre nosotros, como pretende exageradamente Ricaurte Soler.[36]

Más, pues, que una "crisis del progreso", en el sentido que Babini ha dado a la coyuntura científica del noventa como reveladora de un predominio de la técnica en detrimento de una ciencia pura estan-

[35] Groussac, Paul, "La paradoja de las 'ciencias sociales'", en revista *La Biblioteca,* año I, t. II, Buenos Aires, septiembre-diciembre de 1896, pp. 309-320, especialmente pp. 309-310 y 319-320.

[36] Loudet, Osvaldo y Loudet, Osvaldo Elias, *Historia de la psiquiatría argentina,* Buenos Aires, Ed. Troquel, 1971, pp. 133-141. Véase Soler, Ricaurte, *El positivismo argentino,* Buenos Aires, Paidós, 1968, pp. 196-197 y 246-249.

cada si no decadente,[37] la crisis parece explicarse mejor en la clave de su inserción en la etapa final del progresismo biologista. Nuevos aires circulaban por el mundo y algún argentino interesado e interesante -como Ernesto Quesada- oteaba los horizontes renovados de la vieja Europa a la búsqueda de un *aggiornamento* cultural para nuestra patria.[38]

El seguro modelo que el progresismo biologista había brindado a la reflexión histórica, política, social y ética, predominaría un tiempo aún, sobre todo en su vertiente socialista, pero se iría extinguiendo lentamente entre lugares comunes a lo Bouvard y Pécuchet y la crisis del orden político conservador. El universo que Spencer había soñado racional y armónico y donde la Argentina tendría reservado -como lo quería Ingenieros- un lugar imperial, se precipitaría en las fauces de un irracionalismo voraz; una vez más, el sueño de la razón habría engendrado monstruos. •

[37] Babini, José, *La ciencia en la Argentina,* Buenos Aires, Eudeba, 1963, pp. 75-76, y "La crisis científica del 90*, en *Revista de Historia,* N°1, 1er. trimestre de 1957, Buenos Aires, pp. 86-88.

[38] Quesada, Ernesto, *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas,* La Plata, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 1910,1.317 páginas. El grueso volumen es el fruto de una exhaustiva investigación encargada por el decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, don Rodolfo Rivarola, y realizada en veintidós universidades germanas durante el semestre de invierno de 1908 a 1909. Es particularmente interesante la Parte iv, consagrada a las conclusiones, donde se propone como modelo el instituto del profesor Karl Lamprecht en Leipzig. Véase, para nuestro tema específico, la referencia a Ludwig Gumplowicz y su escuela, de una ardiente orientación darwinista social y racista, en pp. 983-985.

Justo es recordar que el libro de Ricardo Rojas *La restauración nacionalista (Informe sobre educación),* Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1909, fue también el resultado de una misión encomendada, en este caso, por el gobierno del presidente Figueroa Alcorta en 1908 a través del ministro de Justicia e Instrucción Pública, don Federico Pinedo. El *Informe sobre la historia,* que así se titula internamente el documento original, y en cuya "Advertencia preliminar", fechada en enero de 1909, se afirma que "requería comprobación abundante, la teoría antes no demostrada entre nosotros, de que sólo por medio de la conciencia histórica llegaremos a la formación de una conciencia nacional", fue presentada a la postre ante el nuevo ministro don Rómulo S. Naón. Para una visión comparada, véase Giick, Thomas F. (ed.), *The Comparative Reception of Darwinism,* Chicago, The University of Chicago Press, 1988, y el excelente libro de Mané Garzón, Fernando, *Un siglo de darwinismo (Un ensayo sobre la historia del pensamiento biológico en el Uruguay),* Montevideo, Facultad de Medicina, 1990.